

Aeternum

Miguel Ángel Mendo



ANAYA

Prefacio

Era creencia mía que el prefacio, como su nombre indica, fuera lo que el autor quisiera declarar y advertir al principio, antes de arremangarse siquiera para dar inicio al discurso principal o a la escritura del texto propiamente dicho. Pues bueno, yo estoy haciéndolo después de haberlo escrito, o sea, que debería llamarlo postfacio, si no fuese un nombre tan antiestético y tan feo, y además que no quiero yo tampoco atreverme a trastocar y revolucionar los hábitos librescos. Pero perdonen la desilusión si les confieso que ahora me temo que muchos otros autores hacen, como yo, el prefacio tras haber dado al cabo con la redacción completa del libro, pero sin confesarlo, como yo hago. Lo digo aquí para dejar constancia de que, aunque este mío es el primero que escribo, no me chupo el dedo, y para que sepan que he hecho intención en lo que he escrito de poner todos los medios de que ustedes, mis lectores, tampoco den crédito a todo lo que vean en letras de molde.

También quiero ser franco en otro asunto: las frases tan bonitas de la página anterior, que es que vienen que ni pintiparadas, y que están sacadas de otros libros, me

las ha buscado un amigo que tiene bien metido en sus carnes el vicio de leer. También es él el que ha transcritto en letras de imprenta, o sea, vamos, el que ha pasado al ordenador mi garrapateada y tortuosa caligrafía, con, supongo, grande esfuerzo para sus ojos. Y le ha puesto bien las bes y las uves, los puntos, las comas y los acentos, que yo tampoco me he parado mucho en ello, que antaño no importaba tanto, ni nada, la ortografía (la buena caligrafía sí que era virtud). Reparen, para atestiguar que lo que digo es más cierto que el Sol que a todos nos alumbra, que hasta el mismísimo Cervantes escribía su apellido con b (no de burro en este caso, por Dios). Y que eran los impresores y cajistas los que ponían las buenas letras en buen orden, dejándose las pestañas para descifrar manuscritos las más de las veces casi ilegibles. Mi cajista (y sé que no se enfada él, que me conoce y me quiere casi lo mismo que yo a él) se llama Miguel, y aquí se lo quiero agradecer. La prestancia que este ángel le ha otorgado a mis pobres apuntes es inmerecida, como ya verán. Digo que sería una infamia no haber dicho esto, por gratitud hacia él, y luego que sería como querer reírme de ustedes, máxime después que confesé que soy un botarate para estas cosas, y no es chiste dezir que he leído muy pocos libros dos veces (habiendo tantos por leer) y que este que yo he redactado con mi sudor y mi tinta lo leí mientras lo iba escribiendo, no más. O sea que no lo he releído más que a cachos, a lo mejor de un mes para otro, o al retomar la pluma, o cuando me plugo.

Lo primero que chocará al lector es lo que parece de chirigota: ¿Cómo es que siendo este el libro de las memorias de un hombre inmortal, con tantísimos años de vida por detrás, es tan magro? Debería ser del volumen de dos o tres guías de teléfono, como mínimo, ¿verdad? Pues ya ven, así de enxuto me ha quedado el probe. Acerca de esto, y en mi descargo, diré en primer lugar que hay eternos como yo (assí nos denominamos entre nos, como verán) muchísimo más trashogueros que el que tienen ustedes delante, que no han dado un palo al agua en su vida y lo más seguro es que cuanto más añosos, menos lo darán. Que la molicie es uno de nuestros peores defectos, así, globalmente hablando. Ya adentro, explico, creo, el porqué sucede esto, y ustedes, creo, lo comprenderán fácilmente.

Luego, hay otras razones de más envidia para que el escrito me haya quedado tan exiguo. Pero, como entienden ustedes, no es este el sitio ni el lugar donde explicarlas, que destriparía el meollo del argumento. Sólo direles que tiene un final bueno. Tan bueno como el ánimo que después de escribirlo se me ha quedado, que es el mejor y más dulce que nunca había imaginado en mi vida. Pero no esperen un desenlace de película americana, eso también se lo aseguro, que es que esos finales de Hollywood parecen sacados de los cuentos de Calleja, casándose siempre los protas y comiendo perdizes (y dándote a ti y a mi con los huesos en las narices).

Sobre todo quiero que sepan que no hay cosa más importante para mí que haber estado reflexionando y recor-

dando mi propia vida, que gracias a ello he aprendido más que en cuatrocientos años de andar rulando por ahí sin horizonte, como verán de seguido.

Escribir un libro tan sencillo como es las propias memorias no es tan sencillo, no crean. Yo me he tardado un par de años, eso sí haciendo mi vida normal. Pero he de advertir al que quiera animarse (y yo le animo), que si ya empieza aluego no es fácil dejarlo. Te va a ir pidiendo que no le olvides (el libro), y que vuelvas a él y, aunque te resistas, como yo he hecho muchas veces contrariando sus requerimientos, no te deja en paz. Y por más que hayan pasado tres meses desde que dejaste de hacerle cosquillas en su piel con la punta de la pluma, no se olvida ni deja que te olvides, como los perros mimosos. Es una enfermedad. Una saludable enfermedad, es cierto. Que con un mucho de fortuna te acerca algo más a la comprensión de la muerte. ¿Pero no dicen también que la vida es una enfermedad mortal? Ja. Hermosa frase, y muy verdadera. Aunque no reze con los eternos.

Pues nada más. Sin más preámbulos les dejo a solas conmigo, y lleguen hasta donde lleguen. Que no soy yo quién, y menos, como para obligarles a que me terminen, habiendo yo dejado tantos libros abandonados antes de la mitad.

Memorias



Pues, señores, empezaré por decir que el que esto escribe tuvo conocimiento de que era inmortal cuando contaba dieciocho años de edad. Verdad es que en aquellas épocas ya me barruntaba yo beneficiario de una especial naturaleza, aunque no llegué nunca a imaginarla, desde luego, tan portentosa. Admirábame el hecho de que hasta esos días no había sufrido enfermedad de ninguna índole. Bueno, miento, que alguna vez había agarrado un catarro o una indigestión; incluso en una mala ocasión, de niño, mis padres tuvieron que ir a llamar al físico, el cual, con gran drama y mucha consternación, me dictaminó una enfermedad que entonces era terminal y que hoy llamamos peritonitis. Pero conmigo no pudo, que la vencí en tres días. Y a la mañana ya andaba yo correteando con mis amigotes por las calles. El médico no se lo tomó muy a bien; no tanto, creo yo, porque mi comportamiento pusiese en cuestión su docta sabiduría, sino porque no le entraba en la cabeza. Me tuvo exami-

nándome toda la tarde con gesto agrio y a las malas. ¡Como si haber sanado yo de motu proprio fuese una granujada!

Hoy día comprendo que toda enfermedad es una crisis o, a decir mejor, el aviso de una parte del organismo para que el sujeto ponga cuidado en ciertos aspectos de índole personal que ha ido dejando sin atender y que involucran profundamente a todo su ser. A mí lo que me sucedía —y, atención, hombres de ciencia, porque aquí doy una de las claves primeras de la inmortalidad— era que vivía tan rápida y tan intensamente el dolor que por desidia o por falta de completa sinceridad se va acumulando naturalmente en el alma del enfermo, que el mal se disolvía prontamente en mí sin llegar nunca a atascar la constante revolución de energía de mi cuerpo. Eso he pensado en cuanto al tema de lo que sucede en nuestro ser completo, y a lo mejor me equivoco del todo. En cuanto a lo del arreglo del cuerpo en sí, tanto por fuera como por dentro, o sea en el asunto del desgarramiento o la rotura de la piel y de los órganos corporales (que es lo que más espectacular y abracadabrante les resulta a ustedes, si lo ven), debe de ser cuestión de una extrañísima composición de nuestra sangre. ¿Ven? Si a ustedes una herida en un dedo tarda cuatro días en cicatrizarles, y dos meses, por ejemplo, en que se borre la señal, a nosotros eso nos sucede en unos pocos minutos. Supersónico, diríamos. ¿Por qué? Eso no lo sabemos ninguno, ni nosotros mismos. Cosas de brujas, o de herencias atávicas de seres

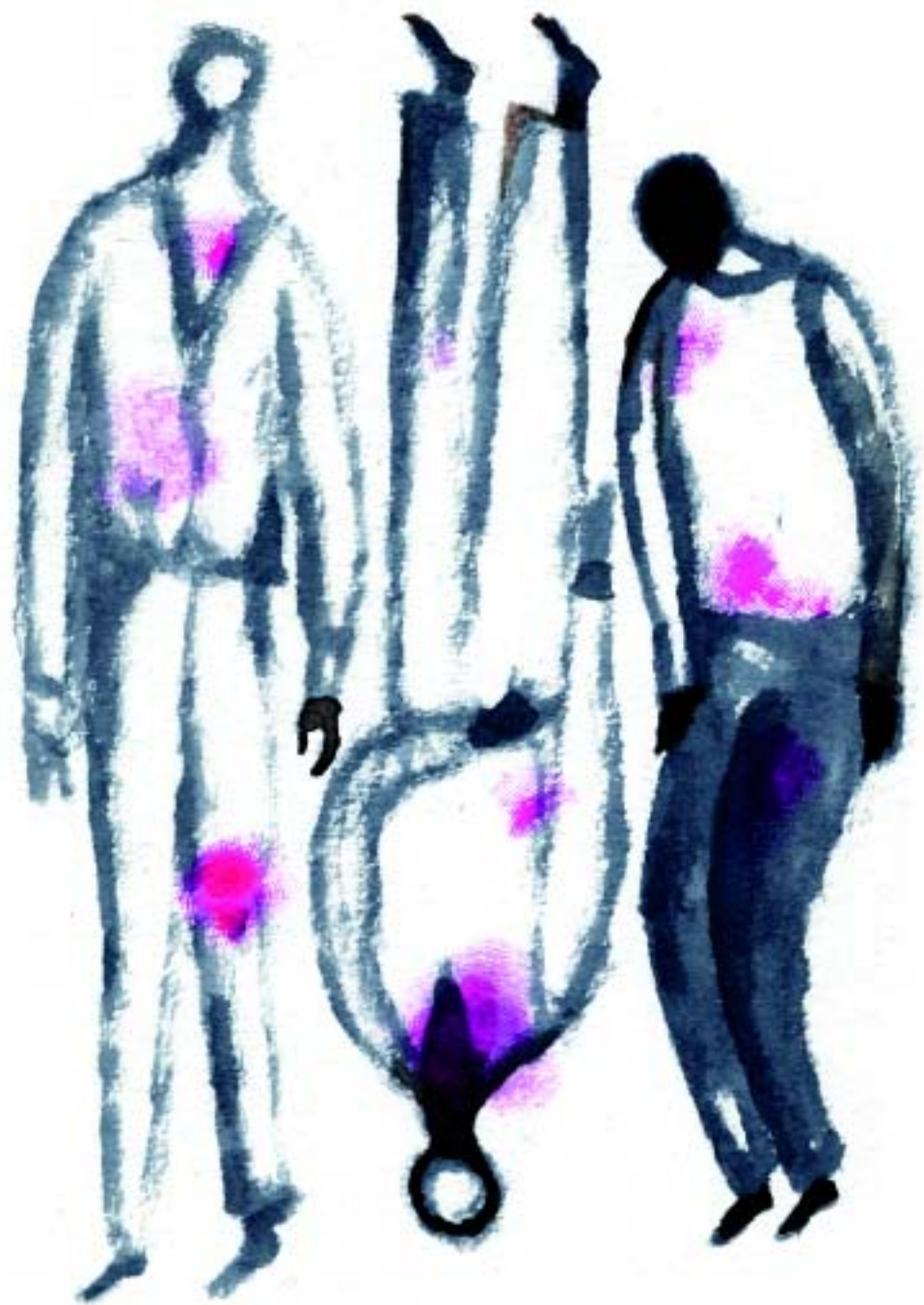
gigantes de épocas remotísimas, o de extraterrestres (hay quienes esto dicen, aunque yo descreo de ello, que soy muy de la Tierra, o al menos tanto como el que más).

Eso es así de veloz ahora, pero entonces, de chaval, no lo era tanto. Por eso aquella peritonitis la solventé en tres días. Actualmente mi naturaleza es tan sabia que no permite acumular ansiedades patológicas de ningún tipo. Y aunque pretendiera cambiar esto, por deseo de caer enfermo y ser cuidado por alguien amorosamente —es un decir—, no podría. Lo he intentado, a posta, en muchas ocasiones, pero sin resultado alguno. Así que he aprendido a fingirlo, cuando me conviene, como espero narraré más adelante.

Bueno, pues si, pasado este primer envite, parece que es verdad que voy a escribir mis memorias para curiosidad de las gentes y por matar (dichosa palabra) el tiempo, del que tantísimo dispongo, comenzaré diciendo que nací en el mes de abril del año mil y quinientos y noventa y algo (no lo diré), en el día dieciocho, y que en el presente (estamos en el mes de febrero del dos mil y pocos años) tengo cuatrocientos quince años de edad. Debo confesar que no he tenido más remedio que efectuar el cálculo en un papel aparte porque desconocía la cifra exacta. Tengo conciencia clara de que cumplí cuatro siglos hace unos pocos años y ya no llevo la cuenta más que por siglos y medios siglos, a lo más cuartos de siglo, y de manera aproximativa. Es decir que, casi dentro de un mes exacto será otra vez mi maldito cumpleaños. En

ese sentido diré que estoy harto de celebrarlo y de no celebrarlo, de las dos cosas. Esa es la pura verdad.

Creo que ahora lo que puedo contar es cómo descubrí el asunto o la característica de mi inmortalidad, que había dejado pendiente al principio de todo. Ya dije que tenía yo en ese entonces dieciocho añitos y que gozaba de una salud literalmente envidiable. Fue en ocasión de una fiesta de romería. Por unas cosas y por otras (andando por medio, claro, el tema de los amoríos), se alzó una disputa entre mozos de dos pueblos vecinos —cuya ubicación también me reservaré por lo que luego he de explicar— tan agria que pronto se vino a las manos. Yo me vi envuelto en la sarracina, por estar en una de las partes, y acabó siendo tan encarnizada la contienda que hubo más de una decena de muertos, más heridos de consideración. Uno de los muertos debería haber sido yo, porque tenía una faca clavada en las tripas. Y por tal me tomaron, a mi desventura, que recuerdo haber pasado un frío infernal (graciosa contradicción, que dejó así) en una sala oscura y húmeda, junto a otros compañeros cadáveres, sufriendo el cortante frío a más de los estertores de mi organismo por rehacer y recomponer la materia viva estropeada en la refriega. Debo decir que era muy probable que a mi lado, en la litera vecina, se hallase el que me dio muerte, o mejor dicho, el que me la buscó sin hallármela, y que, él sí, encontró de mi mano. No lo sé a ciencia cierta, porque tenía la faz descompuesta.



Luego, en años y siglos venideros, he procurado no volver a hacer uso de mi impunidad y del favor que me hace el desprecio con que la muerte me trata. Hubiese sido cosa casi natural (como he visto en otros casos que ya relataré) haber devenido un hombre agrio, frío y degenerado, sediento de sangre, despreciador de las muertes ajenas, ya que la propia no te corteja y te repudia hasta, a veces, el hastío. Pero antes preferiría verme puesto en cuatro palos. No, no me he dejado llevar por ese sendero, que yo aún (y en mi lugar es decir mucho, créanmelo) siento un alma dentro. Eso sí, que no quiere irse nunca de mí, pero que de todas formas tengo que mantener, a lo más posible, limpia (cosa harto difícil, como saben ustedes), por si el milagro de su llamada a los cielos acontece, que algún día Dios lo quiera.

Este pensamiento sé que no me hace bien, pero no he podido evitar recaer en él por mor de la narración de mis hechos, que considero importantes. Sé que no debo pensar en desear mi propia muerte, que es, seguramente el más nefando de los pecados humanos, y también lo que más debilita mi voluntad. Y bien que me cuesta obviar ese deseo, a veces, lo confieso. He llegado a colegir que Dios me ha puesto ante esta titánica tarea de vivir de más porque me quiere bien limpio, y porque tengo que clarificar muchas cosas en mi espíritu, y todo de una sola tacada, en solo una y única vida, pero eso sí, inacabable, larguísima. Y cada siglo que pasa la esperanza es más débil y la sinrazón y el desespero más accesibles.

Pero juro que he de seguir atento, cuéstemme lo que me cueste.

Decía que seguramente había matado a aquel hombre que me había matado a mí, pero que a la postre yo había ganado (o perdido, solo el Diabolo lo sabe). Y me recuperé no sé cuánto después, porque decir menos que al tercer día puede resultar sacrilego aún sin pretenderlo, pero así fue, digo. Al día siguiente, digo otra vez, y no miento, (aunque en la actualidad me rehago en minutos). Porque me estaban velando mis familiares y deudos con preciosos llantos y pésames y ahí me veis que tuve que salir corriendo del féretro, con gran espanto de todos. Y desde entonces no he parado. Pero es que, entre otras, no me podía aguantar más. Me había meado en el ataúd, pero lo otro no quería hacerlo, por miedo del he-



dor, que no es fácil confundir con el de la descomposición de un muerto. ¿Y qué le importa a un cadáver cómo ha de oler?, me decía yo. ¿A qué complicarse la vida (digo, no, la muerte) guardando una compostura que nadie ha de estimar ya? Cágate ya ahí, in situ, y déjate de majaderías. ¿Quién en su sano juicio ha de tildar de maleducado a un fiambre por mucho que le atufe la nariz?

Espero que sepan dispensar esta digresión tan humorista, pero es que hubo en mí esos pensamientos, tan inocente era. Y aún, con mis cientos de años a la espalda, aún lo soy. Bueno, y si alguien, alguno de mis lectores se me ha sulfatado con las disquisiciones de un muerto en estado de necesidad, allá él, o ella. Yo pongo aquí lo que quiero, y si han de seguir leyendo sigan, y si no, pues adiós, que nada les debo y, en todo caso TODOS me deben a mi respeto, en razón de mi edad. [Aquí tengo que poner el chirimbolito ese que se pone ahora en las cartas por computadora, que me han explicado con una palabra inglesa nueva, que no recuerdo. Sonrisita creo que se llama, pero sé que se transcribe así ;-) para indicar que lo que dije era para no tomárselo en serio. Me ha gustado ese convenio, dicen que mundial, porque me recuerda a los escribanos de antes, que para ahorrarse palabras hacían signos como éstos.]

No piensen que no es verdadero lo que dije de que salí corriendo y hasta ahora no he parado. Es más cierto que esta pluma de faisán con la que escribo y que a todas par-

tes me acompaña, que no he podido acostumbrarme a sus estilográficas y bolígrafos, y me cuesta mucho enfrentarme a las computadoras, aunque tengo una que cabe en una maleta, con una pantalla iluminada y repleta de letras de imprenta, que todos, tanto secretarios como bachilleres, acabaremos pareciendo tipógrafos, linotipistas, o qué se yo. Porque, volviendo al hilo, he de explicar algo fundamental: que en ningún sitio puede estar mucho tiempo alguien que no envejece. Algunos años, o lustros como máximo, que luego empiezan las murmuraciones y cosas peores (según lo crudo que anden las naciones y los tiempos), y aún a tu mucho pesar tienes que marcharte y dejar amoríos, negocios, amistades y de todo. Y partir a otro lugar en el que nadie te conozca. Y eso es, creo yo, lo peor de mi sino las más de las veces. Aunque a la postre, la verdad, no es para tanto, que las lágrimas se acaban secando al viento, y que cambiar de aires es saludable, y empezar de nuevas a cada poco es un buen estímulo para la mente y el espíritu. Es, como digo yo, mi muerte en miniatura, ya que no tengo el consuelo de tener la otra, la fetén, la de ustedes, que debe de ser mucho mejor, porque ni te acuerdas de lo que dejaste al otro extremo del camino.

Y no crean que no es peso para llevar a la espalda, todos los recuerdos, las penas y las glorias, lo que quedó sin hacer y lo que fue hecho en demasía, lo que se hizo sin pensar y lo que se pensó y no se hizo. Y todo sin un lienzo de olvido que te enjuague la frente, te borre la

memoria y te deje fresco para empezar en otro lugar, con otro nombre, con todas las posibilidades intactas; como quien dice, en otro mundo. Se me agolpan los recuerdos tanto, a veces, que parece que va a explotarme la cabeza, que ya no me caben más, que no queda sitio. Pero aluego vienen otros, pues uno, quiéralo o no, va siempre fabricando recuerdos al vivir, y, empujando, a codazos, o no sé cómo, se van haciendo hueco, y ahí se quedan, todos adentro.

Ah, otra cosa que tengo que puntualizar es que no es cierto que los eternos no envejezcamos, aunque yo lo haya dicho hace un poco. Lo hacemos, solo que muy lentamente y, a medida que van pasando los años, más despacio todavía. Así que, acudiendo a la matemática, nuestra vida es una asíntota que tiende al infinito. Odio esa palabra. La de infinito. Más que a nada en el mundo.

* * *